

## **Puntos de vista**

*Heraldo de Aragón Domingo 4 de julio 2021*

### **QUISIERA UNA CITA**

JESÚS MARÍA ALEMANY

Todos recibimos en torno al mediodía llamadas de marquetin queriéndonos convencer de las ventajas de una nueva tarifa telefónica o de electricidad, de la necesidad de un cambio de seguros o de una oferta irresistible. Una irrupción no solicitada en el ámbito privado no me suele hacer especial gracia. Pero he comprendido que es la forma de ganarse la vida de personas no precisamente bien pagadas y he suavizado mi reacción. “Mire, comprendo que es su trabajo, gracias, pero no necesito nada”.

En el pasado marzo, cuando sonó el teléfono sobre mi mesa de trabajo, no parecía una llamada de publicidad. En lugar del clásico “diga” suelo pronunciar mi nombre al descolgar para facilitar el reconocimiento. Mi interlocutor se quedó al parecer sorprendido. Luego con balbuceos me solicitó cita para vacunarse. Le respondí que sin duda se había equivocado y nos despedimos sin darle más importancia.

Pero otra, y otras llamadas se sucedieron en días posteriores, a veces varias al día. Pregunté ya un poco mosca dónde habían encontrado el número. Lo habían mirado en la web del coronavirus de Aragón. Fui a consultar y comprobé que el número para pedir cita y el mío sólo diferían en una cifra. Estaba claro de dónde procedía el error. Pensé avisar. Pero ¿a quién? ¿para qué? No sé cómo se me ocurrió que podía aportar un poco de humanidad a la situación.

Con más o menos frecuencia seguían llegando llamadas. Los interlocutores, masculinos y femeninos, parecía algo mayores y vacilantes. Se quedaban confusos por su equivocación y pedían mil disculpas por la molestia. “No se preocupe, no molesta, ahora lo importante es que reciba la vacuna y se quede tranquilo”. “Pues no se crea, que algo de miedo ya tengo a que se produzca una mala reacción”. “No es normal que ocurra, todo irá bien, ya verá”. Y así, de manera muy sencilla, comenzábamos una conversación de algunos minutos en la que mostrando empatía, intentaba transmitir tranquilidad y ánimo, bien recibidos. A veces seguían preguntas concretas, miniconfidencias de preocupaciones reales a ras de tierra. Tenemos miedos y deseos que necesitamos compartir aunque los expertos en salud se encarguen de las tareas más relevantes y reciban por ello nuestro aplauso.

Hece ya algún tiempo que no he vuelto a recibir llamadas confundidas. No sé por qué han cesado ni sé si repetirán. Intrigado ahora por mi peculiar espontaneidad en la comunicación que iba más allá de la corrección, he sospechado una reacción inconsciente al espectáculo tedioso de incomunicación y crispación en los grandes espacios públicos y mediáticos tan abrasivo para el bienestar de la convivencia.